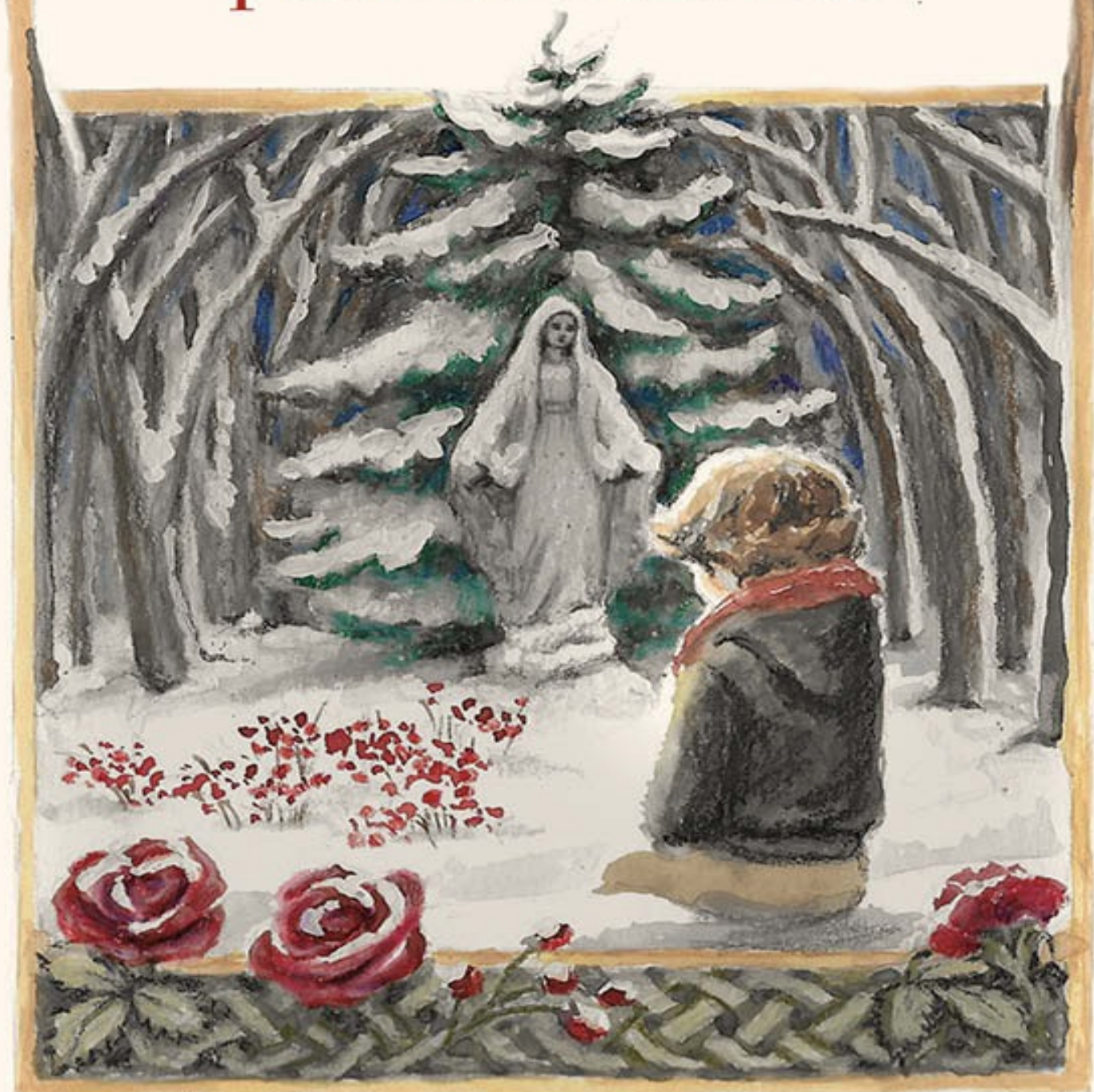


Natalia Sanmartin Fenollera

Un cuento de Navidad para Le Barroux



Índice

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Letanías
Cita

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII

Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compara

«Mi madre creía en las hadas y en los dragones, decía que creía en todos esos seres legendarios que la memoria de los hombres no recuerda ya. No es que estuviese segura del todo. No creía en las hadas del mismo modo en que creía en Dios, en la Virgen o en los santos. Solo decía que podían haber existido cuando el mundo apenas estaba en pañales y los hombres aún no se habían acostumbrado a los regalos fabulosos de Dios».

Un cuento de Navidad para Le Barroux narra la historia de un niño sin madre que pregunta incansablemente a Dios si lo que ella le contaba sobre Belén, el cielo y las estrellas ocurrió en realidad. Día tras día, durante tres largos años, implora una señal. Hasta que llega la tercera Navidad...

Natalia Sanmartin Fenollera

UN CUENTO DE NAVIDAD
PARA LE BARROUX

Ilustraciones de Michaela Harrison

*Para la abadía de Notre-Dame de l'Annonciation du Barroux, en Francia,
donde una Navidad una abadesa me pidió que escribiese un cuento.*

Madrid, 1 de diciembre de 2018,
en la fiesta de San Eloy y Santa Natalia.

Rosa mystica
Rosa mística

Turris davidica
Torre de David
Turris eburnea
Torre de marfil

Domus aurea
Casa de oro

Foederis arca
Arca de la alianza
Ianua caeli
Puerta del Cielo

Stella matutina
Estrella de la mañana

(Letanías lauretanas)

Lo que se mostró a Moisés en la zarza y en el fuego, a Aarón en la vara y en la flor, a Gedeón en el vellocino y el rocío..., eso mismo mostró san Gabriel en la Virgen saludándola, porque de esta es de quien dice el evangelista ahora:

«Fue enviado el ángel Gabriel por Dios a una Virgen desposada con José».

De las excelencias de la Virgen Madre, sermón II
San Bernardo de Claraval (1090-1153)

I

El niño abrió la puerta de la habitación y entró de puntillas. Su madre dormía a plena luz del día en una cama amplia y mullida, el pelo rubio y desordenado sobre la almohada. Se acercó a ella y observó fascinado una araña de patas largas y finas sobre la almohada, muy cerca de su rostro. Muy despacio, levantó una mano marcada con restos de calcomanías y tapó suavemente los ojos a la durmiente, mientras con la otra cogía la araña y la aplastaba con satisfacción entre los dedos.

«Estate quieta, mamá», ordenó en un susurro.

Ella asintió con un mohín suave y perezoso, y el niño aprovechó para limpiarse los restos de la araña en la camiseta.

«Ya está —dijo—. Ya la he matado. Era una araña.»

La durmiente abrió los ojos y miró a su hijo con ternura.

«¿De verdad? Gracias, tesoro, me dan tanto miedo...»

«Ya lo sé, pero no creas que es divertido aplastarlas. Es mucho mejor meterlas en un bote y verlas morir de hambre científicamente.»

La mujer acarició la cabeza del niño. Pensó en lo mucho que se parecía a ella. También pensó en que aún era muy pequeño. Y, de pronto, sintió frío.

«¿Qué clase de araña era?», preguntó con voz quebrada.

«Una *pholcus* —explicó él con seriedad—. No es muy especial, están por todas partes.» Como si pensase que aquello no había hecho suficiente justicia al cadáver, añadió con ojos brillantes: «Pero te digo algo: puede comer arañas más grandes que ella, y cuando no tiene comida, si metes otra *pholcus* en el bote, va y se hace caníbal».

La mujer hizo un gesto de fingido horror. Luego dibujó con el dedo pulgar una línea vertical y después otra horizontal sobre la frente del niño, y lo empujó suavemente hacia la puerta.

«¿Hoy tampoco vas a levantarte?», preguntó él antes de salir.

Ella sonrió sin contestar. Esperó a que se fuera y después permaneció largo rato acostada, contemplando las sombras que la luz y las hojas de los

árboles dibujaban en el techo de la habitación.

No, no se levantaría hoy. No podía levantarse hoy. Quizá al día siguiente.

Pero al día siguiente no se levantó. Y tampoco se levantó al siguiente, ni lo hizo al otro. Solo dos semanas después salió al jardín una madrugada y, con un amor y una repugnancia infinitos, cazó una araña de finas y largas patas para su hijo.



*Su madre
dormía a plena
luz del día en
una cama amplia
y mullida, el
pelo rubio y
desordenado sobre
la almohada*



II

Cuando era pequeño tuve la madre más guapa del mundo, pero aun así hay días en que no consigo recordar su cara. He soñado tanto con ella que a veces no puedo recordar nada. Solo veo cosas sueltas aquí y allá; las mañanas de Reyes, los días en que estaba enfermo y no iba al colegio, las veces en que me caía y me curaba la rodilla en la cocina. También recuerdo su olor, aunque no sé decir cómo era. Y cosas del final, claro, como una vez que entré en su habitación muy temprano, encontré una *pholcus* en su almohada y la aplasté para que no se asustara. Abrió los ojos y me sonrió y me llamó tesoro, y entonces supe que de mayor sería exterminador de arañas. Mi madre estaba enferma y tenía miedo a los insectos y a todos los bichos, excepto a las mariposas, pero aquel verano hizo algo increíble: salió una mañana al jardín y cazó ella sola una *pholcus* para mí. Después de eso, volvió a la cama y ya no se levantó más. Cuando murió, mi tío me dijo que era demasiado guapa y demasiado buena para estar aquí. Y mi abuela me contó una historia sobre Dios y las flores y me dijo que Él las conoce a todas y las corta en el mejor momento. No entendí qué significaba, pero me dio igual. Porque, desde que mi madre murió, empecé a pensar que todo eso no era verdad.

Mi madre creía en las hadas y en los dragones, decía que creía en todos esos seres legendarios que la memoria de los hombres no recuerda ya. No es que estuviese segura del todo. No creía en las hadas del mismo modo en que creía en Dios, en la Virgen o en los santos. Solo decía que podían haber existido cuando el mundo apenas estaba en pañales y los hombres aún no se habían acostumbrado a los regalos fabulosos de Dios. No sé si he dicho ya que murió cuando yo tenía ocho años, pocas semanas después de levantarse por última vez y salir al jardín a cazar aquella araña para mí. Era la mujer más guapa del mundo y aun así hay días en que no consigo ver su cara. He soñado tanto con ella que a veces no puedo recordarla.

Cada noche nos contaba a mis hermanos y a mí un cuento ruso antes de dormir. Mi madre no era rusa, pero en sus cuentos siempre había una bruja

que se llamaba Baba Yaga, un montón de zarévich y zarinas en lugar de príncipes y princesas, había embrujos y esqueletos y también ancianas y doncellas. Supongo que al contarlo ahora no parece tan especial, pero a nosotros nos gustaban mucho aquellas historias. Hablaba con la luz apagada y la voz baja; hablaba como si estuviese construyendo un árbol enorme con muchas ramas y hojas, con flores y frutos de todos los tamaños y colores. Era un árbol que crecía y crecía y nosotros nunca sabíamos cuándo o dónde se detendría. Porque ella no contaba los cuentos; los cuentos la atrapaban y la rodeaban con sus ramas y después seguían creciendo y llegaban hasta nuestras camas, y nos envolvían e invadían nuestros sueños. Eran cuentos extraños que avanzaban y retrocedían, subían y bajaban, saltaban y se agachaban, entraban en callejones sin salida y luego salían y más tarde volvían a entrar. Siempre supimos que no eran cuentos de verdad, sino historias inventadas, pero eso era lo que las hacía tan mágicas. El secreto de mi madre era que hablaba para ella misma y al mismo tiempo para nosotros, sentada frente a una hoguera imaginaria formada por nuestras camas, rodeada de rostros asombrados, hechizándonos con sus pájaros de fuego y sus monstruos y sus embrujos y su bendita y santa madre Rusia.



Era un árbol que crecía y crecía y nosotros nunca sabíamos cuándo o dónde se detendría

He empezado a contar la historia y he empezado mal. Debería comenzar por el principio, por el día en que me dijo que estaba enferma y que no iba a quedarse mucho tiempo con nosotros. Aquel día le pregunté si iba a morir, y ella me sentó en sus rodillas, porque yo aún era pequeño, y me dijo muy bajito que sí. Le pregunté también si iba a olvidarla, como a mi padre, y me dijo que no. Y entonces me contó algo que nadie me había contado nunca. Me dijo que morir no es como dormir y tampoco es como soñar. Morir, me dijo, es como despertar. «Si le das tu corazón a Dios, tesoro, morir es solo despertar.»

Yo no conocí mucho a mi padre, se marchó de nuestra casa antes de que pudiese acordarme de él. A veces creo que me acuerdo, pero *El Gran Libro de las Maravillas de la Ciencia* cuenta que eso pasa siempre con la memoria. Los científicos dicen que la memoria es una cosa engañosa, que a veces las personas toman historias que escuchan por ahí y las convierten en recuerdos, pero no son recuerdos verdaderos. Cuando cierro los ojos, veo a mi padre jugando al Scalextric con nosotros los sábados por la mañana, le veo sonreír

y decirme que frene en las curvas para que el Mustang no se salga de la pista, le veo como si estuviese ante mí ahora. Pero yo nunca jugué al Scalextric con mi padre, y el Mustang se rompió mucho antes de que yo descubriese el Scalextric. No son recuerdos míos, se los he robado a mis hermanos.

«No, tú tendrás recuerdos tuyos —me dijo mamá aquel día—, me recordarás y recordarás todas las cosas.» Y es cierto que la recuerdo, pero han pasado tres años y hay días en que cierro los ojos y no consigo ver su cara. Era la mujer más guapa del mundo y aun así a veces no soy capaz de recordar nada.

Mi madre no hablaba solo de *mujiks* y de pájaros de fuego, nos hablaba de Belén y de Israel, y de los viejos pastores hebreos. Nos sacaba al jardín antes de dormir y nos contaba la historia de Abraham, que escuchó la voz de Dios una noche en el desierto. «Mira las estrellas del cielo», le dijo Dios a Abraham, y entonces mamá nos decía: «Miradlas». Y nosotros nos tumbábamos sobre los sacos de dormir y nos quedábamos quietos mirando el cielo mientras ella nos hablaba de aquellos hebreos que conocieron a Dios. «Yo te daré una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo», le dijo Dios a Abraham, y mamá nos contaba que Abraham creyó aquella noche al contemplar las mismas estrellas que veíamos tumbados sobre nuestros sacos de dormir. «Mirad el cielo —nos decía siempre en Nochebuena—, fijaos en todas esas estrellas, en todos esos millones de galaxias y de constelaciones, en todo el firmamento. Dios encerró una noche como esta el cielo entero dentro de una pequeña cueva en Belén para que su Hijo pudiese jugar con ellas.» Y mientras mirábamos las estrellas, yo no paraba de pensar en el miedo que debió sentir Abraham la primera vez que escuchó la voz de Dios, y en la luz que iluminó la cueva la noche en que Dios encerró el cielo en ella.

Pero eso fue hace mucho tiempo, cuando mi madre estaba con nosotros y yo aún no había dejado de creer en esas cosas.



III

El último verano, el verano de la *pholcus*, mamá me regaló *El Gran Libro de los Héroes de la Biblia*. Al principio mi preferido era Jonás, por lo de la ballena, pero también porque cuando leí su historia me di cuenta de que yo habría hecho lo mismo que él si Dios me hubiese enviado a Nínive; es lo que hacía siempre cuando la abuela me mandaba a hacer recados. Pero después descubrí a Gedeón, y aprendí que hubo algunos héroes de la Biblia que pidieron señales a Dios. Gedeón era un hombre bueno al que un ángel envió a la guerra para vencer a los enemigos de Israel, pero como no era un soldado y tenía miedo, pidió primero una señal a Dios. Puso un vellón de oveja en el suelo y después dijo: «Si es eso lo que quieres de mí, Señor, haz caer el rocío y que solo se moje esta lana». Y Dios hizo exactamente lo que le pidió. Entonces Gedeón volvió a hablar: «Si es eso lo que quieres de mí, Señor, haz caer el rocío y que cubra solo la tierra, haz que la lana quede seca». Y Dios hizo descender el rocío, y la lana quedó seca.

Aquel verano leí muchas veces esa historia a mamá. Se la leía hasta que se quedaba dormida, se la contaba a veces sin mirar el libro, porque me sabía de memoria cada línea. «Pero Gedeón pidió una señal a Dios», le decía. Y ella entonces me preguntaba: «¿Y qué señal pidió?». «Si es eso lo que quieres de mí, Señor, haz caer el rocío y que solo se moje esta lana.» Y mamá sonreía y murmuraba: «Y Dios hizo exactamente lo que Gedeón le pidió». Y como leía sentado a su lado en la cama, a veces yo también me quedaba dormido antes de terminar la historia. «Haz que la lana esté seca —me parecía oír entre sueños—. Y Dios hizo descender el rocío y la lana quedó seca.» Y justo entonces, me despertaba con el ruido de la lluvia de verano que golpeaba los cristales, que resbalaba por el canalón y mojaba la hierba y las flores, que lo limpiaba todo, como mamá decía siempre, bajo la atenta mirada de Dios.



Aquel verano leí muchas veces esa historia a mamá. Se la leía hasta que se quedaba dormida, se la contaba a veces sin mirar el libro, porque me sabía de memoria cada línea

IV

El día en que mi madre murió comencé a pedir a Dios una señal como Gedeón. No le pedí que hiciese caer el rocío sobre un vellón de oveja ni que dividiese en dos las aguas del mar; no recé para encontrar a un lobo jugando con un cordero o para ver una morera arrancarse de raíz y plantarse ella sola en el mar. Yo solo quería una señal, cualquier señal, para estar seguro de que lo que mamá decía sobre Dios, la cueva y el cielo era verdad.

Cada mañana, antes de ir al colegio, iba a visitar a la Virgen del jardín, bajo la sombra de los avellanos, tan cubierta por las ramas que parecía estar dentro de la gruta de Belén. La abuela se pasaba horas allí, sentada en el banco con su rosario en la mano; también mi tío iba muchas veces y se quedaba en silencio con la cabeza baja. Mis hermanos no se acercaban porque les recordaba los ratos que pasábamos allí con mamá. Pero yo iba cada día, me sentaba frente a la Virgen y pedía una señal. «Soy muy pequeño para ser un guerrero —le dije a Dios muchas veces—, no puedo combatir todavía, ni tengo una oveja que sacrificar. Lo único que quiero es saber si todo lo que mamá decía de ti es verdad.» Y cuando hablaba y miraba a la Virgen, pensaba en cómo debió deslumbrarla la luz de la cueva la noche en que Dios encerró el cielo en ella.

Y así pasó el otoño y llegó el invierno, y luego vinieron la primavera y el verano. Pasó un año y luego otro, y comenzó otro más. Yo seguía pidiendo cada mañana a Dios una señal como Gedeón. Y cada mañana, Dios me escuchaba y no me la daba.

El tercer año el Adviento llegó helado. A veces las noches eran claras, como si el cielo quisiera protegernos del invierno, pero el invierno estaba en nuestra casa. Hacía mucho tiempo que no había cuentos rusos antes de dormir ni paseos para ver las estrellas después de cenar. Nos íbamos a la cama temprano, cuando la abuela atrancaba las puertas y apagaba las luces. Entonces, mientras todos dormían, yo me levantaba, iba a la habitación de

mamá y me echaba sobre su cama. No lloraba, nunca lloraba, solo dormía y soñaba.

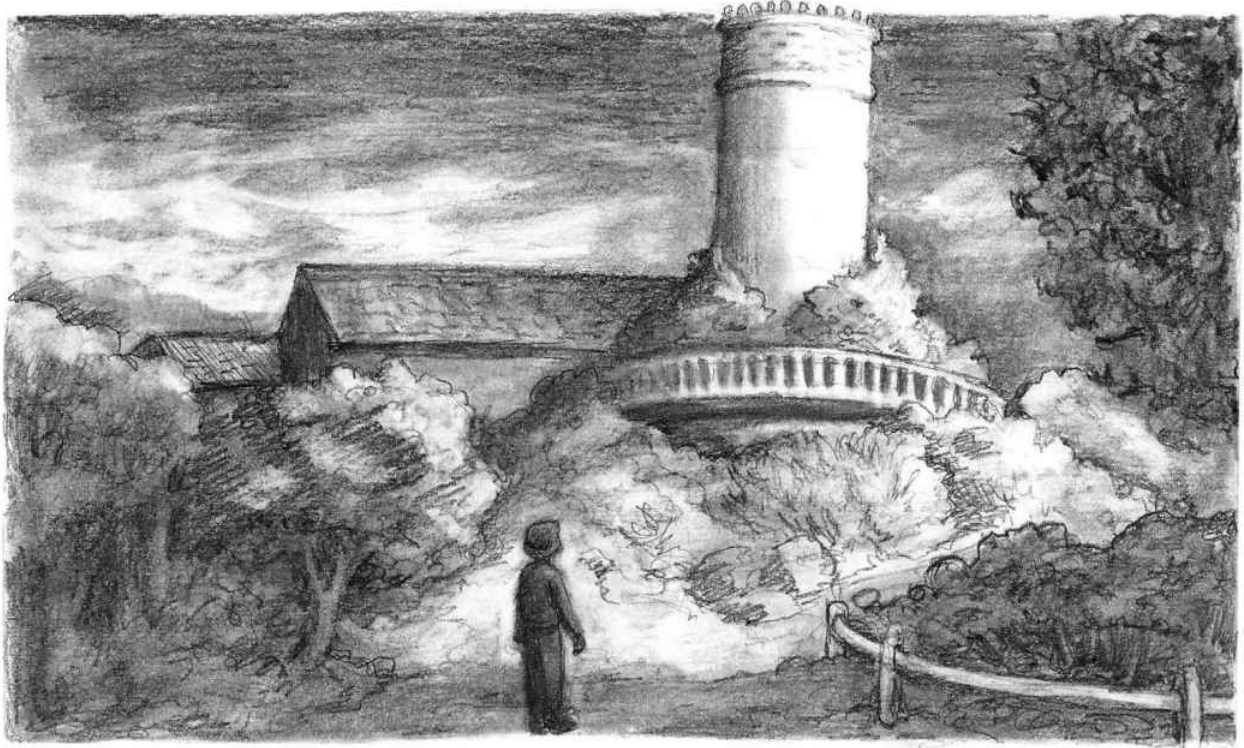
Una noche me escapé al jardín. Hacía tanto frío que la hierba crujía y el aire se llenaba de vapor cada vez que soplaban para calentarme las manos. Al acercarme al rincón de los avellanos, me acordé de la historia de un caballero que salvó a un león en un bosque y después el león se arrodilló ante él para darle las gracias con el hocico mojado en lágrimas. Cuando llegué junto a la Virgen, yo también me arrodillé sobre la hierba helada. «¿Por qué Dios no me da una señal como a Gedeón? —le dije—. ¿Por qué no le dices tú que lo haga?» Pero la imagen no habló y aquella noche Dios no me dio una señal como a Gedeón. Al volver a casa pensé en el resplandor en la cueva de Belén, y mi corazón me dijo que no, que seguro que aquella noche el cielo no estaba encerrado en ella.



«Ya no salimos nunca a mirar las estrellas», me quejé por la mañana temprano a mi tío. «¿Habrías querido salir ayer?», me preguntó después de

un rato. «Salí —le contesté—, salí cuando todos dormíais.» Él se levantó con el ceño fruncido y comenzó a hacer una pila de tostadas para mis hermanos, sin decir una palabra. «¿Y sabes qué? No vi ninguna estrella», dije mientras untaba una galleta con mantequilla. Mi tío siguió sin hablar durante un rato, y luego dijo: «No hay que esperar a la noche para ver una estrella. Hay una estrella que se ve a la luz del día, una estrella de la mañana.» «¿Una estrella de la mañana?» «Sí, la estrella que anuncia el sol. Venus, esa es la estrella de la mañana.» «Tío, ¿tú sabías que el sol es una enana amarilla?», le pregunté con la boca llena de galletas. «*Y el sol se detuvo y la luna se paró* —recitó—. ¿Conoces la historia de Josué?» «No, no la conozco —le contesté malhumorado—, pero si es otra historia de señales, me parece que no quiero conocerla.»

El sol es una enana amarilla, lo dice *El Gran Libro de las Maravillas de la Ciencia*, pero yo no me había fijado nunca en la estrella que lo anuncia. A partir de ese día, miré al cielo de otra forma. Cada mañana me levantaba muy temprano y buscaba la estrella, y después esperaba hasta que salía el sol. A veces miraba los rayos de frente hasta que casi me cegaban, hasta que tenía que desviar la vista y veía manchas negras durante un rato. Y luego me fijaba en la luz cuando se reflejaba en una casa muy vieja que había frente a la nuestra, con una torre que brillaba bajo el sol. Una mañana se me ocurrió pensar que parecía una torre de marfil, blanca como la nieve, brillando bajo la luz, una torre de marfil como las de los cuentos que a veces inventaba mamá. Y cuando veía la torre pensaba en ella, pensaba que era la mujer más guapa del mundo y que aun así había días en que no podía recordar su cara. Había soñado tanto con ella que ya no podía imaginarla.



*Y una mañana se me ocurrió pensar que parecía una torre de marfil,
blanca como la nieve, brillando bajo la luz*

V

El tercer domingo de Adviento, el de la alegría, no había mucho sitio en la iglesia y me tocó sentarme en un banco entre la abuela y una señora con una niña pequeña. Seguía yendo al jardín a hablar con la Virgen todos los días, pero ya no esperaba una señal. El capellán del colegio me había dicho que pedir una señal para creer no estaba bien, que era tentar a Dios. «¿Y Tomás qué? —le pregunté—. Él no creyó hasta que tocó. ¿Y Gedeón? Gedeón pidió una señal a Dios. Lo dicen en *El Gran Libro de los Héroes de la Biblia*.» El capellán me contestó algo que no entendí, pero desde ese día, por si acaso, empecé a pedir la señal de otra forma. Decía siempre «si puede ser, Señor» antes de pedir, y ya no esperaba que ocurriese. No lo esperaba, pero seguía pidiendo.

Mi abuela rezaba ese domingo el rosario arrodillada en el banco mientras la mujer a mi lado cuchicheaba con la niña y le iba explicando las imágenes de los santos, le decía esas cosas que nos dicen a todos cuando somos pequeños y vamos a la iglesia. La niña no se fijaba mucho, hasta que la señora le señaló el sagrario y le dijo: «Mira, esa es la casa de Jesús, ahí está siempre Jesús, detrás de esa puerta pequeñita, al lado de la lámpara roja». Y entonces la niña se puso de pie, señaló el sagrario con un dedo y gritó: «¡Es una casita de oro! ¡Una casa de oro para Jesús, mamá, es una casita toda de oro!». Y la señora le dijo que sí, que sí, que era una casita de oro, pero que hablase bajito porque delante de Dios hay que hablar suave. La niña siguió gritando y saltando y yo pensé que Dios tendría que haber sido sordo para no oírla, pensé también que yo pedía la señal en voz baja y que, para lo que me había servido, tal vez hiciera mejor la niña en hablar a gritos. Pensé en Abraham en el desierto y me pregunté si habría gritado a Dios o se habría quedado callado bajo las estrellas. Seguramente habría callado, porque Abraham era un hombre viejo y en *El Gran Libro de las Maravillas de la Ciencia* explican que cuando uno es muy mayor se respira peor. Y entonces recordé a mamá y me di cuenta de que nunca la vería viejecita como a la

abuela, y que un día yo sería mayor que ella. «¡Es una casita de oro!», seguía diciendo la niña pequeña. Y me acordé de la estrella de la mañana, y de la torre de marfil brillando bajo el sol frente a nuestra casa, e imaginé a mamá arrodillada ante la puerta del Cielo, tan guapa como un ángel, sonriendo como hacía siempre cuando nos llevaba la merienda al jardín. Nunca antes había pensado que hubiese una puerta en el Cielo, aunque sabía que san Pedro tiene unas llaves, y si hay unas llaves tiene que haber una puerta. Parece de sentido común, como dice la abuela, pero en realidad es lógica deductiva, lo pone en *El Gran Libro de las Maravillas de la Ciencia*.



Y entonces la niña se puso de pie, señaló el sagrario con un dedo y gritó: ¡Es una casita de oro!

VI

La Navidad del tercer año, la abuela trajo un enorme abeto y nos pidió a todos que lo colocásemos en el comedor. Fue la primera vez que volvimos a adornar el árbol como antes. Jamás dejamos de poner el belén, porque todo el mundo sabe que sin belén no hay Navidad, pero desde que murió mamá el abeto había desaparecido de nuestra casa. Supongo que la abuela pensaba que era demasiado alegre, con los adornos y las luces encendidas. Pero una mañana nos mandó bajar del desván la caja de cartón en la que mi madre guardaba los adornos, los mismos cada año, los mismos desde que éramos pequeños. Había bolas blancas cubiertas de algodón y manzanas rojas tan brillantes como si fueran de caramelo, ángeles de fieltro y guirnaldas de luces blancas y pequeñas, brillantes como estrellas. Cada Navidad, mamá nos hacía bajar la caja, abrirla y vaciarla sobre la alfombra del comedor. Entonces nos abalanzábamos sobre los adornos, pero ella se reía y nos decía «estaos quietos, salvajes», y nos quitaba las manzanas, los ángeles, las bolas de Navidad, y lo colocaba todo con cuidado para que no hubiese dos ángeles juntos o tres manzanas pegadas, o muchas luces de una parte y muy pocas de otra. Lo mejor era la estrella, porque no sabía ponerla derecha y nos pedía que lo hiciésemos nosotros. Nos subíamos a una escalera y colocábamos entre todos la estrella que guio a los Magos a Belén.

Cuando el árbol estaba terminado, mamá empezaba con los nacimientos. Los guardaba en tres cajas distintas, con las figuras envueltas en papel de cebolla y un montón de serrín para evitar que se rompiesen. Y no se rompían, por lo menos no en la caja. Se rompían en nuestras manos cuando las cogíamos y las cambiábamos de sitio, un pastor por aquí, una oveja por allá, o cuando jugábamos al fútbol dentro de casa porque llovía y se nos escapaba el balón hacia alguna de las mesas en las que ella colocaba los belenes. Cuando eso ocurría, se ponía muy triste y nos regañaba, y nosotros le prometíamos que nunca más volveríamos a jugar en casa. Teníamos un belén sin san José, solo con la Virgen, el Niño y un ángel que tenía la cabeza no

muy bien pegada. Otro estaba casi entero, pero el Niño tenía una oveja por almohada un poco agrietada, y el tercero estaba completo, porque mamá lo ponía en un lugar en el que solo podíamos mirarlo pero no tocarlo.

En la tercera Navidad nos dimos cuenta de que los belenes rotos eran los más bonitos de todos, porque ella los había restaurado una y otra vez con pegamento, sentada en la cocina, mientras esperaba por un bizcocho o una tarta en el horno para cenar. Ya sé que he dicho muchas veces que era la mujer más guapa del mundo, pero es que lo era, y no quiero olvidarlo, aunque haya días en que me parece que ya no puedo recordarlo.

Esa fue la primera Navidad que comenzó a parecerse a las que teníamos antes. Llegaron las vacaciones del colegio y nos refugiamos en casa, en nuestro reino, entre los campos de cebada y de centeno que llevan a Camelot, como en el poema, igual que hacíamos siempre, lejos de las luces, las compras y el ruido de la Navidad de la ciudad, que no era como la nuestra, que era todo lo contrario a la nuestra.

El jardín estaba desnudo y frío esos días, pero las ramas de los avellanos seguían en su sitio, protegiendo a la Virgen como si fueran soldados, cobijándola como en la gruta de Belén. Yo seguía yendo a visitarla, a veces hasta tres veces al día, para pedirle que convenciese a Dios de que me diese una señal. Y le decía muy bajito, una, dos, tres, cuatro, cinco veces, seis: «¿Por qué Dios no me da una señal como a Gedeón? ¿Por qué no le dices tú que lo haga?». No sé por qué todavía pedía, no sé por qué no me cansaba; habían pasado tres años, pero yo aún pensaba en mamá, en la *pholcus*, en la luz de la cueva y en el cielo encerrado dentro de ella.

*La
Navidad
del tercer
año, la
abuela trajo
un enorme
abeto y nos
pidió a todos
que lo
colocásemos
en el
comedor*



VII

«Esta noche rezaremos todos un rosario a la Virgen en el jardín, justo después de cenar», dijo la abuela la mañana de Nochebuena. «¿Como con mamá?», preguntamos todos. «Exactamente igual», dijo ella. «Pero, abuela, ¿todos los misterios? Con mamá rezábamos uno y luego nos íbamos a jugar», me quejé. «Los cinco misterios y también las letanías. No pongáis esa cara, ya no sois tan pequeños, a vuestra madre le gustaba rezarlo y, lo que es más importante, a la Virgen y al Señor les gusta que lo recéis. Hoy tocan los misterios gozosos, y el nacimiento del Niño es uno de ellos.»

Es imposible decirle que no a mi abuela, cuanto más le dice uno que no, más se empeña ella. No nos apetecía rezar el rosario esa noche, esa es la verdad. Hacía mucho que no lo rezábamos, y nunca los cinco misterios seguidos, y además nos recordaba a mamá, y aquella noche, justo esa noche, no queríamos pensar en ella. Estaba siempre en nuestra cabeza, aunque no dijésemos nada, aunque callásemos, sobre todo cuando callábamos.

Cuando nos sentamos a cenar, todo nos pareció como siempre, con la casa iluminada como cuando éramos pequeños, todo excepto que ella no estaba. Mientras la abuela bendecía la mesa y nosotros leíamos por turnos el Evangelio, yo pensaba que si no hay Cielo, si la noche de la primera Navidad la luz no entró en la cueva, todas las cosas, el árbol, los belenes, la cena, las luces, las velas, los ángeles de fieltro, el rosario y los misterios, todo era inútil y nosotros éramos los más tontos de los hombres, como dijo uno de los apóstoles, creo que Santiago, o a lo mejor san Pablo, tengo que mirarlo en *El Gran Libro de los Héroe de la Biblia*.

«Abrigaos bien», dijo la abuela antes de salir al jardín. Hacía mucho frío y estaba muy oscuro porque las nubes ocultaban la luna y tapaban casi todas las estrellas. Al caminar hacia los avellanos, volví a pensar en la noche en que Abraham escuchó la voz de Dios en el desierto, y me pregunté qué habría

sentido si hubiera mirado al cielo y lo hubiese visto como nosotros lo veíamos aquella tercera Navidad, tan oscuro y vacío de estrellas.

VIII

«Primer misterio: el anuncio del ángel Gabriel a la Virgen María. Padre Nuestro que estás en los cielos...» Creo que siempre recordaré a mi abuela como la vi aquella noche, sentada en el banco del jardín, con el rosario en la mano, recitando una avemaría tras otra, subiendo la capucha de uno, cerrando la cremallera de otro, desgranando misterio tras misterio mientras todos los demás contestábamos arrodillados frente a la Virgen. La recordaré siempre así, como si esa noche el tiempo se hubiese parado y nos hubiera atrapado a todos.

«Segundo misterio: la visitación de la Virgen María a su prima Isabel... Dios te salve María, llena eres de gracia...» Al escuchar a la abuela, recordé que mi madre rezaba el rosario en latín. Cuando llegaba a las letanías a mí me sonaba como a música, y ella decía que lo era, música para la Virgen, música y también flores, rosas antiguas y lirios florecientes como los de la isla de Shalott. Y no sé si era el latín, tan dulce y tan suave, o era la voz de mamá, pero sí parecía cantar en vez de rezar. Y se lo decíamos, y ella se reía y nos decía «pues muy bien, porque el que canta reza dos veces».

«Tercer misterio: el nacimiento del Niño Dios en Belén... Santa María, Madre de Dios...» La abuela se levantó del banco y se arrodilló con mucho esfuerzo junto a nosotros. Siempre se arrodillaba, aunque le dolían los huesos. Lo hacía en misa durante las oraciones al pie del altar, en el *et incarnatus est* del Credo, en el canon y la consagración, en la comunión y la última bendición. Se arrodillaba y le dolían los huesos, porque cuando te haces mayor duelen los huesos, y aún más con el frío. Seguro que también le dolían a Abraham, pero no tanto como a la abuela, porque en su tierra hacía más calor que en la nuestra y porque él viajó con Isaac al monte Moriah y yo no podía imaginar a la abuela subiendo a ningún monte. Pensé que tenía que echar mucho de menos a mamá, y prometí a la Virgen que la próxima vez que me mandasen a un recado no haría como Jonás.

«Cuarto misterio: la purificación de la Virgen María en el templo... Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...» Mi madre decía que la poesía fue cantada antes de que existiese el tiempo, antes de que existiese la tierra, antes de toda la Creación. Decía también que los salmos fueron escritos desde el Cielo para caer sobre la tierra como la lluvia, para anegarlo y empapararlo todo. Hablaba como si detrás de cada cosa hubiese un misterio, porque lo hay, nos decía; y luego sonreía y nos apartaba el pelo de los ojos o nos mandaba a lavarnos los dientes. Al repetir las avemarías a la Virgen, me di cuenta de que todas las palabras que decíamos eran misteriosas: *llena de gracia, madre de Dios, ahora y en la hora de nuestra muerte*. Y también pensé en lo que mamá me dijo aquel día, que la muerte no es como dormir ni es como soñar, que si tu corazón está unido a Dios, la muerte es como despertar.

«Quinto misterio: el Niño perdido y hallado en el templo... Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida y dulzura...» La abuela volvió a sentarse en el banco al comenzar el último misterio, no llevaba guantes y tenía las manos enrojecidas por el frío. Ya no estaba tan oscuro porque las nubes se habían despejado y la luna brillaba en el cielo. Entonces me acordé de que cuando nos escapábamos de pequeños y mamá nos regañaba o nos castigaba, le decíamos que la Virgen no había regañado mucho al Niño perdido y hallado en el templo.

Miré a la abuela, que rezaba las últimas oraciones del rosario, y que de pronto empezó a recitar las letanías en latín. No sé por qué se me ocurrió, todavía ahora no lo sé, pero me acerqué a ella y le dije: «Tradúcelas, abuela, que yo no me acuerdo de lo que significan». Y entonces ella empezó con su voz baja y suave a desgranar rosas y lirios para la Virgen. «Señor, ten piedad, Cristo, ten piedad, Señor, ten piedad... Madre de Cristo, Madre de la Iglesia, Madre de la divina gracia... Espejo de justicia, trono de la sabiduría, causa de nuestra alegría...» Y mientras respondíamos una y otra vez «ruega por nosotros, ruega por nosotros, ruega por nosotros...», las palabras de las letanías me sacudieron como tuvo que sacudir a Abraham la voz del Cielo y a Gedeón el rocío que bajó sobre la tierra:

... Torre de marfil, Casa de oro, Puerta del Cielo, Estrella de la mañana...

La abuela dice que cuando sea mayor recordaré esa noche como si hubiese sucedido ayer, dice que no importa cuántas cosas me sucedan, la recordaré, y ese recuerdo será mío. Mientras ella terminaba las letanías, yo miraba fijamente a la Virgen y después a las estrellas, que brillaban en el cielo, las mismas estrellas que vio Abraham, las mismas que Dios encerró la primera Navidad en la cueva.

Puerta del Cielo, Estrella de la mañana...

La abuela se levantó con esfuerzo, nos caló la capucha uno a uno y después nos dijo con amor, con temor y temblor, igual que Abraham caminando hacia Moriah: «Feliz Navidad, tesoros míos, apuraos, apuraos, que van a dar las doce y el Señor nos espera en la misa del Gallo».

❖
*Ave
Maria
gratia plena
Dominus
tecum
benedicta tu
in
mulieribus
et benedictus
fructus
ventris tui
Jesus*
❖



Un cuento de Navidad para Le Barroux
Natalia Sanmartin Fenollera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Michaela Harrison

© Natalia Sanmartin Fenollera, 2020
Autora representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© de las ilustraciones, Michaela Harrison

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23596-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

